

Ioannis D. Zizioulas, *Comunión y alteridad. Persona e Iglesia*, Sígueme, Salamanca 2009, 398 p.

Recensión de Fernando Rodríguez Garrapucho

Salmanticensis 57 (2010) 182-185

Puesto que a pesar de su importancia para la teología actual el autor es poco conocido en España, presentamos una amplia información de su vida y obra, con el fin de contextualizar la importancia del libro que analizamos.

El teólogo ortodoxo y hoy metropolitano Juan de Pérgamo nació en Katafigió, en el norte de Grecia, en el año 1931. En 1950 comenzó sus estudios de teología en la Universidad de Tesalónica, y los continuó en Atenas de 1952 a 1954. Recibe una educación teológica marcada por un estilo académico y confesional ortodoxo, en polémica con la neoescolástica occidental y con la Reforma protestante. Tuvo su primer contacto con las Iglesias de Occidente durante el curso académico 1954-55 en el Instituto ecuménico de Bossey (Suiza). Aquí no sólo conoce de cerca la teología centroeuropea, católica y protestante, sino que comenzará a sentir de forma vital el latir del ecumenismo cristiano, campo en el que hoy él mismo es una de las figuras más destacadas.

En los años 1955-57 completó su formación académica en la universidad de Harvard (EE.UU.). Significativo en este periodo es el conocimiento de algunos de los profesores que más van a influir en su teología, como es Georges V. Florovsky para la materia de patrología y Paul Tillich en filosofía, así como K. Stendahl. Allí comenzó la elaboración de dos estudios importantes que van a marcar su trayectoria intelectual como teólogo: uno es sobre la cristología de Máximo el Confesor, bajo la dirección de Florovsky, que no terminó, y el otro estudio, bajo la dirección del profesor A. G. Williams. Este segundo trabajo, retomado bajo la dirección del profesor ateniense Gerasimos Konidaris, será presentado como tesis doctoral en la Facultad de Teología de la Universidad de Atenas, y se publicará en 1965 con el título: *La unidad de la Iglesia en la divina Eucaristía y en el Obispo durante los tres primeros siglos*. Según el obispo y teólogo greco-católico Yannis Spiteris, «en este trabajo está ya contenida casi toda la futura temática del pensamiento de Zizioulas».

Durante los años de estudio en Norteamérica aprovechará para dar cursos en el *St. Vladimir's Seminary* de Nueva York, en la especialidad que fue trabajando en la elaboración de su tesis: la historia de la Iglesia de los tres primeros siglos. Se trata del centro ortodoxo más importante fuera de Rusia que, junto con San Sergio de París, fundaran los intelectuales ortodoxos rusos que se exiliaron con motivo de la revolución bolchevique. Aquí entrará en contacto con dos grandes teólogos ortodoxos del siglo XX que enriquecerán su pensamiento. Se trata de John Meyendorf (1926-1992) y de Alexander Schmemmann (1921-1983), ambos formados en San Sergio de París y alumnos de Nikolai Affanasiev. Durante el curso 1963-64 dará también un curso de derecho canónico y de historia de la Iglesia en el seminario greco-ortodoxo de la Santa Cruz de Boston.

En 1965 es nombrado asistente del profesor Konidaris en la cátedra de historia de la Iglesia de la Universidad de Atenas. Y es en este tiempo cuando el joven teólogo griego entra a formar parte activa del ecumenismo en los años 1965-68, participando en dos grupos de trabajo de la comisión «Fe y Constitución», departamento teológico del Consejo Ecuménico de las Iglesias. Trabaja sobre las estructuras conciliares y sobre la Eucaristía. En el verano de 1967 es requerida su presencia en Ginebra (Suiza) para formar parte del Secretariado de la Comisión «Fe y Constitución» del CEI, donde permanecerá hasta 1970. En este periodo va a participar en la comisión teológica «Catolicidad y apostolicidad» creada por el Grupo mixto de Trabajo de la Iglesia católica romana y del CEI, que elaborará el documento: *La comunidad eucarística y la catolicidad de la Iglesia*.

Terminada su estancia en Ginebra pasa a ser profesor de teología sistemática en Escocia, primero en la Universidad de Edimburgo (1970-1973) y después en Glasgow, hasta el año 1987. Pero desde el año 1984 da clases también en la Facultad de Teología de Tesalónica (Grecia), y desde 1989 en el *King's College* de la Universidad de Londres. En el año 1986 el Patriarcado de Constantinopla, siendo patriarca Dimitrios I, elige al teólogo laico Zizioulas como metropolitano titular de Pérgamo, y es ordenado obispo en la catedral de El Fanar (Estambul), sede del patriarcado ecuménico, el 22 de junio de 1986, a la edad de 59 años. Desde entonces, el patriarcado le confiará la misión de supervisar toda la documentación del diálogo teológico ecuménico que lleva a cabo su Iglesia, así como las relaciones eclesiales ortodoxas.

A partir de aquí, su actividad como teólogo se desarrollará sobre todo en ámbitos ecuménicos. El trabajo es intenso en la Comisión «Fe y Constitución» del CEI. Por otra parte,

como delegado del Patriarcado ecuménico será la voz de la ortodoxia en las Asambleas plenarias del Consejo Ecuménico de las Iglesias, en las Asambleas de Nairobi, Vancouver y siguientes. Desde su comienzo, con motivo de la visita de Juan Pablo II a El Fanar, él ha participado en la Comisión Mixta internacional de diálogo entre las Iglesias ortodoxas bizantinas y la Iglesia católica; primero en el comité preparatorio y luego en la Comisión Mixta hasta hoy, de la que es co-presidente. De su periodo de docencia en Glasgow destaca su participación en la *consulta* organizada por la Conferencia de Iglesias europeas (KEK) sobre la cuestión del *Redescubrimiento de la comunión cristiana: conciliaridad, en camino hacia la unidad*.

En este periodo traba amistad con el teólogo dominico J. M. R. Tillard y junto a él y otros teólogos protestantes, sobre todo el hermano Max Thurian de Taizé, colaborará en la redacción de importantes documentos ecuménicos, como el conocido BEM (*Bautismo, Eucaristía, Ministerio*), Lima 1982, así como el primer documento fruto del trabajo de la Comisión Mixta ortodoxo-católica de ese mismo año que lleva por nombre: *El misterio de la Iglesia y de la Eucaristía a la luz del misterio de la Santísima Trinidad* (Múnich 1982). Como reconoce el benedictino Enmanuel Lanne, en este documento tuvo un gran protagonismo la «eclesiología eucarística» propuesta por I. Zizioulas. Importante ha sido también el papel que ha jugado en la Comisión mixta del diálogo ortodoxo-anglicano, del que ha sido co-presidente desde su inicio a mediados de los años ochenta. Significativa fue su aportación en la V Conferencia mundial de «Fe y Constitución» en Santiago de Compostela (1993), proponiendo su punto de vista siempre profundo y agudo sobre la naturaleza de la Iglesia como comunión. Su labor ha sido y sigue siendo muy intensa como delegado del Patriarcado ecuménico en el Comité central de CEI, así como miembro de la Comisión interortodoxa preparatoria del santo y grande concilio de la Iglesia ortodoxa. En 1985 aparecía otra de sus grandes obras, que le han dado a conocer como un maestro en todo ámbito teológico: *El ser eclesial. Persona, comunión, Iglesia* (versión cast.: Sígueme, Salamanca 2003).

Zizioulas ha recibido honores y distinciones: ha sido nombrado doctor *honoris causa* por el Instituto católico de París (1990), y también por la Facultad de Teología de Belgrado. La institución más importante de Grecia, la Academia de Atenas, lo eligió como miembro de la misma en 1993. Con un grupo de obispos y teólogos de la Iglesia ortodoxa es co-fundador en Tesalónica de una *Sociedad de estudios ecuménicos y de información ortodoxa*, en febrero de 1993. Por todo lo dicho, no cabe duda de que nos encontramos ante una de las figuras más

importantes del pensamiento teológico ortodoxo de nuestro tiempo, respetado y seguido por muchos discípulos. Su autoridad dentro de la ortodoxia es indiscutible, no sólo en su Patriarcado de Constantinopla, sino también en la ortodoxia en general. Pero hay que decir también que su persona y su teología ejercen un gran atractivo entre los orientales católicos, sobre todo jóvenes. Ya hace muchos años, Y. Congar definió a Zizioulas como «uno de los teólogos más originales y profundos de nuestra época. Su originalidad y profundidad deriva de una lectura penetrante y coherente de la tradición de los Padres griegos en torno a la realidad viviente que es la Iglesia».

La presente obra es una continuación del pensamiento de Zizioulas en su anterior importante volumen, titulado *El ser eclesial*; en palabras de su autor, es «complemento y continuación» (prefacio). En este volumen se integran diversos ensayos ya publicados que giran en torno a los conceptos «persona e Iglesia». Aunque en este volumen se tratan diversas cuestiones, el pensamiento del teólogo griego es el hilo conductor, a saber, el que parte de una ontología relacional, proveniente de la teología trinitaria, y que establece *la comunión* como la base firme donde apoyar tanto la idea de Iglesia como la de persona humana. Ahora bien, si en su obra *El ser eclesial* la importancia recaía en la relacionalidad y la comunión *para la unidad* de la Iglesia, aquí, sin embargo, se centra en el aspecto de *la alteridad*.

El conjunto de la obra puede encuadrarse en una teología fundamental, en la cual Zizioulas trata de fundamentar todo lo que dice de la Iglesia en la experiencia que el hombre tiene de Dios y de su propio ser. Por eso, «esta reflexión se despliega en profundidad creciente, generando un modelo comprensivo del conjunto de la teología cristiana», afirma el primado de la Comunión anglicana, Rowan Williams, quien presenta de forma breve esta libro.

Como es habitual en él, Zizioulas no se para a discutir con el ateísmo moderno si Dios existe o no, sino que le lanza un tremendo desafío, cuando se muestra convencido de que lo importante es «cómo existe», es decir, cómo es el concepto cristiano de Dios. Lo cual le lleva a sostener que cuando el hombre se pregunta por Dios y su existencia, en realidad se está preguntando por el conjunto de relaciones que fundan su propia existencia vital, puesto que Dios es pura relacionalidad y vitalidad en su ser trinitario. Para llegar a esta convicción el metropolitano se apoya en el universo conceptual de la Sagrada Escritura y de los Padres griegos, así como los Padres del desierto y su doctrina sobre la oración.

Pero no sólo aplica sus conclusiones a la vida eclesial y sacramental, sino también a la ética cristiana. Para él, ésta no puede consistir en hábitos más o menos buenos y en méritos en el

comportamiento, sino que se funda en un respeto básico que nace de la alteridad de la misma creación y sobre todo de la alteridad de la persona que está frente a mí, libre y misteriosa, en cuanto habitada por el Espíritu y miembro del cuerpo de Cristo. Esta visión teológica de la alteridad le permite hacer una lectura renovada de la filosofía de E. Levinas, sobre *el otro* como punto de partida de toda ética.

De aquí nacen los temas antropológicos que trata en los diversos capítulos de esta obra: la creación, la muerte, la sexualidad, la posmodernidad, el individualismo la ecología o la oración. Todo el primer capítulo sobre el «ser otro» y «una ontología de la alteridad» era hasta ahora inédito, es el más amplio y el que abre la puerta a los otros capítulos donde todos los temas más sustanciales de la teología son tratados con originalidad y profundidad. Una obra llamada a ser muy fecunda para el diálogo entre la fe cristiana con las antropologías que hoy tratan de fundar en nuestro mundo un nuevo concepto de hombre que responda a ciertas opciones económicas o ideológicas de fondo. Opciones que cada vez más se muestran como un peligro real contra el propio hombre, por tratar de prescindir de Dios.